



si tantas, tantas veces me ahorré
yo, que era para ser repartido
como el pan que brotaba
de mis manos.
Explicadles que hubiera
deseado ser transparente para todos
yo, que sabía bien en dónde estaba
la fresca fuente fría de la que mana Dios.
Atrapado por Él en la lejana
jaula de mis veintidós años
¡cuántas veces quise ser otras cosas
y me descubrí siendo
tan solo un expropiado
por utilidad pública, como un cisne encerrado
en su pequeño lago!
¡Y cómo me crecían las espigas
entre las manos! ¡Y cómo me guiaban
sin saber quién ni a dónde!
Y yo, que apenas era un niño, tenía
tantas almas colgadas de mis manos
que ni un gigante hubiera
podido levantarlas. Y llevaba
carbones encendidos en la boca
y no eran más mis palabras,
ni mío mi corazón.
Pero aquellas palabras alquiladas
y mi prestado corazón caían rebotando
de alma en alma e iluminaban
sin que yo tuviera
aquella luz que a los demás cedía.
La fuente fría de Dios transcurría
dentro de mí, mientras yo estaba seco
y mis labios apenas conocían
la frescura de Dios que regalaban.
¡Ah, cómo me envolvía el misterio!
¡Qué pequeño y enorme el fruto de mis manos!
¡Qué oscura noche ceñía mis costados
mientras yo daba luz salida no sé de dónde!
Ahora ya sé bien que nada hice
que fuera mío. Que donde yo ponía
pan o vino, o mi cansancio y mis palabras,
Alguien lo convertía en carne y sangre,

cual si también yo mismo estuviera
consagrado.
Y que yo no sabría jamás
quién bendecía cuando yo bendecía
y que mi voz también amanecía en otros
aunque era noche en mí.
¡Oh, noche que guiaste
cada día mis pasos y que ahora
me sigues sosteniendo en el cansancio,
noche que multiplicas mi diminuto amor,
noche que alumbras mi paso vacilante hacia el final!
Déjame bendecirte con mis manos atadas
que te suplican:
Sigue, sigue,
río de Dios, lamiendo
mis resacas orillas;
sigue tú sosteniendo estos tartamudeos
que nada dicen sino lo que tú dices
a través de mis labios asombrados;
sigue, pan, floreciendo entre mis dedos
hasta que un día duerman, por fin, mis huesos
mientras tú sigues
hablando a mis hermanos
a través de mi última, definitiva, noche.

Preguntas para la reflexión

- ✓ ¿Qué expresiones del poema te han llamado más la atención? ¿Por qué?
- ✓ ¿Qué expresiones nos muestran que el autor ha vivido su vida como un don o regalo para los demás?
- ✓ ¿Qué sentimientos experimenta el autor al final de su vida?
- ✓ ¿Qué puedes hacer de tu vida para que también sea un regalo de Dios para los demás?
- ✓ Escribe una carta breve a José Luis Martín Descalzo como respuesta a su poema.

4. Oración

Terminamos nuestro encuentro rezando por los sacerdotes, para que vivan su vocación como una llamada al servicio y a darse totalmente a los hombres de hoy. Se invita a los participantes a hacer una oración espontánea.



CATEQUESIS PARA JÓVENES

Objetivos

- Analizar las necesidades del hombre de hoy, inmerso en una cultura secularizada.
- Descubrir al sacerdote como un regalo de Dios al mundo.
- Preguntarse por la posibilidad de haber recibido de Dios el regalo de la vocación para darse a los demás.

1. ¿Civilización del amor o de la muerte?

En este primer momento no se trata de hacer un análisis exhaustivo del mundo de hoy. Simplemente es un punto de partida, una sensibilización. No se trata tampoco de fijarse en lo negativo como si solo hubiera un aspecto oscuro. En el fondo, lo que se trata de descubrir cuáles son los sueños, las necesidades del hombre de hoy: ¿qué busca? ¿Qué le falta para realizarse?

Partimos de la selección de algunos párrafos extraídos de la Audiencia general de Juan Pablo II tenida el 15 de diciembre de 1999. Para ganar algo de tiempo en la reunión, sería mejor dar el texto con tiempo (por ejemplo una semana antes) para que se venga con el texto ya leído. Si no fuera posible, se concederá un poco de tiempo para leerlo ya sea en silencio o en voz alta. Luego se hace un breve debate con las preguntas propuestas. Si el animador considera mejor leer todo el texto, lo puede encontrar en la web oficial del Vaticano.

Compromiso por la edificación de la «civilización del amor»

1. «Los cristianos, recordando la palabra del Señor: “En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros” (Jn 13, 35), nada pueden desear más ardientemente que servir cada vez más generosa y eficazmente a los hombres del mundo actual» (*Gaudium et spes*, 93).

Esta tarea que el Concilio Vaticano II nos encomendó al final de la constitución pastoral sobre *la Iglesia en el mundo actual* responde al desafío fascinante de construir un mundo animado por la ley del amor, una *civilización del amor*, «fundada en los valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización» (*Tertio millennio adveniente*, 52). En la base de esta civilización se encuentra el reconocimiento de la soberanía universal de Dios Padre como manantial inagotable de amor. (...)

2. En los últimos decenios, la pérdida del sentido de Dios ha coincidido con el avance de una cultura nihilista que empobrece el sentido de la existencia humana y, en el campo ético, relativiza incluso los valores fundamentales de la familia y del respeto a la vida. Con frecuencia, todo esto no se realiza de modo llamativo, sino con la sutil metodología de la indiferencia, que lleva a considerar normales todos los comportamientos, de modo que no surja ningún problema moral.

Paradójicamente, se exige que el Estado reconozca como «derechos» muchos comportamientos que atentan contra la vida humana, sobre todo contra la más débil e indefensa. Por no hablar de las enormes dificultades que existen para aceptar a los demás cuando son diversos, incómodos, extranjeros, enfermos o minusválidos. Precisamente el rechazo cada vez más fuerte de los demás, en cuanto diferentes, plantea un interrogante a nuestra conciencia de creyentes. Como afirmé en la encíclica *Evangelium vitae*: «Estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica estructura de pecado, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera *cultura de muerte*» (n. 12).

3. Frente a esta cultura de muerte nuestra responsabilidad de cristianos se expresa en el compromiso de la *nueva evangelización*, entre cuyos frutos más importantes se ha de contar la civilización del amor. (...)
4. El mensaje de amor que encierra el Evangelio impulsa valores humanos como la solidaridad, el deseo de libertad e igualdad, y el respeto del pluralismo de formas de expresión. El eje de la civilización del amor es el reconocimiento del valor de la persona humana y concretamente de todas las personas humanas. El cristianismo ha dado una gran aportación precisamente en este ámbito. En

efecto, de la reflexión sobre el misterio del Dios trinitario y sobre la persona del Verbo encarnado ha brotado gradualmente la doctrina antropológica de la persona humana como ser relacional. Este valioso logro ha hecho madurar la concepción de una sociedad que sitúa a la persona como su punto de partida y su meta. La doctrina social de la Iglesia, que el espíritu del jubileo invita a volver a meditar, ha contribuido a fundar en el derecho de la persona también las leyes de la convivencia social. En efecto, la visión cristiana del ser humano como imagen de Dios implica que los derechos de la persona se imponen, por su naturaleza, al respeto de la sociedad, que no los crea, sino simplemente los reconoce (cf. *Gaudium et spes*, 26).

5. La Iglesia es consciente de que esta doctrina puede quedarse en letra muerta si la vida social no está animada por el espíritu de una auténtica experiencia religiosa y especialmente por el testimonio cristiano alimentado sin cesar por la acción creadora y sanante del Espíritu Santo. En efecto, es consciente de que la crisis de la sociedad y del hombre contemporáneo está motivada en gran parte por la reducción de la dimensión espiritual específica de la persona humana. (...)

Esta contribución de la Iglesia se realiza sobre todo mediante el testimonio que dan los cristianos, y especialmente los laicos, en su vida ordinaria. El hombre actual acepta el mensaje de amor más de testigos que de maestros, y de estos cuando se presentan como auténticos testigos (cf. *Evangelii nuntiandi*, 41). Este es el desafío que hemos de afrontar, para que se abran nuevos espacios para el futuro del cristianismo e incluso de la humanidad.

Preguntas para el debate

- ✓ ¿Cuáles son los rasgos de la «cultura de muerte» que nos encadenan a unas estructuras de pecado?
- ✓ ¿Cuáles son los rasgos de la civilización del amor que propone Juan Pablo II?
- ✓ ¿Cuáles son las condiciones para que esta civilización del amor se haga realidad?

2. El sacerdote en la civilización del amor

Partimos para esta reflexión de un texto de Benedicto XVI (Ángelus del 13 de junio de 2010):

«El sacerdote es un don del Corazón de Cristo: un don para la Iglesia y para el mundo. Del Corazón del Hijo de Dios, desbordante de caridad, proceden todos los bienes de la Iglesia, y en él tiene su origen la vocación de esos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, lo dejan todo para

dedicarse totalmente al servicio del pueblo cristiano, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor. El sacerdote queda plasmado por la misma caridad de Cristo, por ese amor que le llevó a dar la vida por sus amigos y a perdonar a sus enemigos. Por este motivo, los sacerdotes son los primeros obreros de la civilización del amor».

Preguntas para el debate

- ✓ ¿En qué sentido el sacerdote es un don del Corazón de Cristo para el mundo?
- ✓ ¿En qué acciones concretas descubres al sacerdote como obrero de la civilización del amor? ¿Conoces algún caso que lo pueda ilustrar?

3. Un testimonio

Proponemos un poema de José Luis Martín Descalzo. Pocas semanas antes de su muerte, ya prevista y anticipada, publicó un precioso libro titulado *Testamento del Pájaro Solitario* (Ed. Verbo Divino) que se presenta como una lectura creyente de su propia vida. En sus páginas descubrimos que su identidad no ha sido otra que la de ser sacerdote. Mirando al testimonio de Martín Descalzo podemos descubrir una vida que se ha vivido como don y regalo para el mundo. Dejémonos interpelar por el testimonio de este gran sacerdote.

Aunque es de noche

Poned sobre mi tumba mi nombre.
Y mi apellido: sacerdote.
Y nada más.
Porque jamás he sido
ni querido ser
otra cosa.
Cuidad de que mis manos queden libres
o atadas por la cinta
de mi ordenación.
Y nada más.
Procurad que mis ojos permanezcan
bien abiertos,
asombrados
aún de tanto amor
como me dieron en un lejano día
de San José.
Y decidle a la gente
que perdone,